

CAPÍTULO oriental 37

la historia de la literatura uruguaya

EL URUGUAY COMO REFLEXION (II)



la historia de la literatura uruguaya

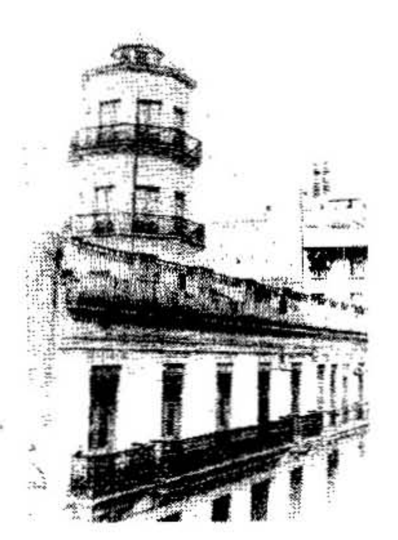
Este fascículo ha sido preparado por el Dr. Carlos Real de Azúa y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, separando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.
Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental".

37. El Uruguay como reflexión (II)

Luis Mazzey, "Homenaje a Artigas". — Grabado en madera y metal.

EL URUGUAY COMO REFLEXION (II)



Museo Histórico Nacional en la esquina de 25 de Mayo y Zabala.

Toda colectividad nacional posee una determinada imagen de su pasado. Una imagen que, según la coherencia, la intensidad, la extensión con que ella sea apreciada representa uno de los rubros fundamentales de ese consenso, de esa voluntad de convivir que tan esencial es a la fuerza de los pueblos. Hacia 1930, para marcar una fecha de cierta fuerza simbólica, los uruguayos profesaban, de modo casi unánime, determinadas convicciones sobre el camino que, como nación, habían recorrido.

Desde la zona de los arquetipos, desde "la región de las madres" si a Bauzá o a Zorrilla se atendía, había existido un país con voluntad de diferenciación y existencia prácticamente autónoma. Un país que fue capaz de romper por sí mismo los nudos del despotismo hispánico y que, con Artigas, logró afirmar sus derechos frente al despotismo, más temible por más cercano, de la ciudad rival y enemiga. Sucumbió, sí, a la conspiración tenebrosa de sus vecinos entre 1820 y 1825 pero, recuperadas sus fuerzas tras la larga postración, el empeño de sus hijos y la lúcida mirada de Gran Bretaña, traducida en una mediación benévola y desinteresada, fueron capaces de implantar en este rincón atlántico una nación pequeña pero potencialmente apta de alcanzar altos destinos. El logro, claro, no fue inmediato, y antes hubo necesidad de desasirnos de los conflictos que nos envolvieron y que nada, en sustancia, nos implicaban; antes debieron ser convencidas las codicias que nos rondaban, que nada definitivo lograrían en esta tierra de los libres. Tramontando los adversos meteoros externos, superando las rémoras que la doble acción de la herencia hispánica y el medio físico-social precario nos había legado: caudillismo, montonera, atraso, guerra civil, el Uruguay había logrado encarrilarse al fin en la vía de un desarrollo político, cultural, económico y social desembarazado, inquebrantable, acumulativo. Una etapa que se estuvo en condiciones de alcanzar gracias a la contribución primordialísima de nuestras grandes figuras políticas civiles y de esos dos partidos tradicionales que "hicieron del Uruguay lo que es", como entonces —con orgullo— y todavía hoy —con involuntario sentido del humor— suele afirmarse.

Tal visión de nuestro ayer, como siempre ocurre, era el resultado conjunto de determinadas influencias, entre las que asume fundamental relevancia la contribución de la labor historiográfica. Aunque hay también otras, es claro. El sistema de honras y conmemoraciones nacionales, por ejemplo, que exalta o rebaja, subraya o soslaya personajes o acontecimientos. E, igualmente, la acción de prestigio y enseñanza de la escuela y el liceo y de su "historia patria". (¿Qué magnitud no tiene el aporte de H. D.?). Y el recuerdo, aquí muy importante, de experiencias colectivas, inviscerado en tradiciones familiares y locales. Y la influencia socializadora de unos partidos políticos que, por "históricos", portaban versiones determinadas, recíprocamente hostiles en la superficie, pero últimamente homologables, de nuestro pasado. Y, todavía, ese fenómeno de extrapolación por el cual una socie-

dad proyecta sobre el sector temporal ya transitado o ciertas convicciones, o ciertas actitudes que el mismo presente ha promovido.

LA VIEJA HISTORIA

En lo que a la labor historiográfica atañe, dentro de esta visión del ayer, es inexcusable su caracterización por medio de una serie de trazos que muy bien podrían aplicarse a la producción similar mayoritaria que por aquellas décadas en Latinoamérica aparecía. Mayoritaria, decimos. Excepciones nunca faltaron.

Parroquial y localista, por no decir ombliguista, era esta historia, por carecer del sentido de las magnitudes relativas de los fenómenos del suceder interno respecto a los del suceder externo; por ignorar, de modo casi sistemático, la entidad de las fuerzas universales —"imperialismo" "modernización" "ideologías"— que, mediata o inmediatamente, incidían, con decisivo impacto, en el curso de los acontecimientos nacionales. Celebratoria también, y poco capaz de cualquier postura crítica frente a aquellas figuras y aquellos sucesos que una imaginación tropical, una fácil mitificación, habían convertido en modelos de perfección, de heroísmo, de inquebrantable y lúcido propósito. Ceñida en forma casi exclusiva al tramo de las luchas de la independencia, en todo el extenso resto posterior era la filiación política, el encono banderizo quienes se expedían por medio de los dictámenes más radicales, más tendenciosos, más inverificables. Con la particularidad, para nuestro Uruguay, de que lo antiguo de sus bandos políticos, llevaba el área de cisma hasta el mismo período de las luchas primeras por la libertad pro-

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

A la "historia de la historia" pertenece, quiérase o no, la Historia de la Dominación Española en el Uruguay, *de Francisco Bauzá. Esto, sin perjuicio de reconocerse su índole pionera, precursora de toda la labor que le sucedió, el inmenso esfuerzo de colección de fuentes en el que, sólidamente, se asienta; la orgánica vastedad de su propósito, la brillante escritura con que el libro se vierte. Tres cuartos de siglo de producción historiográfica, empero, no pasan en vano, y sólo ciertos pasajes narrativos, ciertas síntesis fulgurantes son las páginas a las que se vuelve, dentro de un conjunto cuya "obra muerta" excede la proporción tolerable en un texto que pueda considerarse útil, funcional instrumento de trabajo. Además si el ánimo polémico, la muchas veces ergotista argumentación con que Bauzá sostuvo, desde los orígenes mismos de nuestra sociedad, la presencia de lo que podríamos llamar el "fatalismo de nuestra autonomía", la predeterminación ineluctable de nuestra independencia es una suerte de hilo de oro que anuda poderosamente todas las piezas de la vasta estructura y les imprime un brío, un unívoco significado, que poseen auténtica calidad estética, tan insistida tesis ¿por qué no decirlo? plantea hoy una interrogación dolorosa. ¿Puede compartir un oriental de 1968 una concepción de la nacionalidad, una idea de los destinos nacionales que derivaba en Bauzá de un romanticismo a la vez espiritualista y racista, providencialista y determinista al mismo tiempo, optimista y conformista en último término? La pregunta, también es triste decirlo, se contesta por sí misma y esa contestación afecta a la vigencia de la obra entera.*

Por ello, también, pensamos que si la moderna historiografía uruguaya puede hablar de un fundador, éste no ha de ser otro que Eduardo Acevedo (1857-1948). Alguna vez nosotros mismos nos hemos referido con ostensible despego a los varios miles de páginas que suman su alegato sobre Artigas (1909) *y la serie* Anales históricos del Uruguay, *iniciada en 1916. Alguna razón teníamos: la presentación desgarbada de los sucesos, la división mecánica del material por períodos presidenciales y, dentro de ellos, por macizos sectores de integración heterogénea, no beneficia, por cierto, una obra en la que, por primera vez entre nosotros, se tuvieron en cuenta todas las dimensiones de la existencia colectiva y en la que sólo una lectura atenta permite advertir las generales calidades de penetración, ecuanimidad, sentido de lo importante, eficacia expositiva y simpática modestia que en ella campean. Generales, decimos, no indefectibles. Azarola Gil, en un ácido folleto, enrostró a Acevedo su indisculpable desdén por los procesos sociales y económicos del período colonial. En otros sectores de nuestro pasado —caso de las tres primeras décadas del Uruguay independiente, se vierten demasiado en los Anales, sin la crítica necesaria, los más gastados estereotipos de la historiografía partidaria colorada. En cambio, en su exposición*

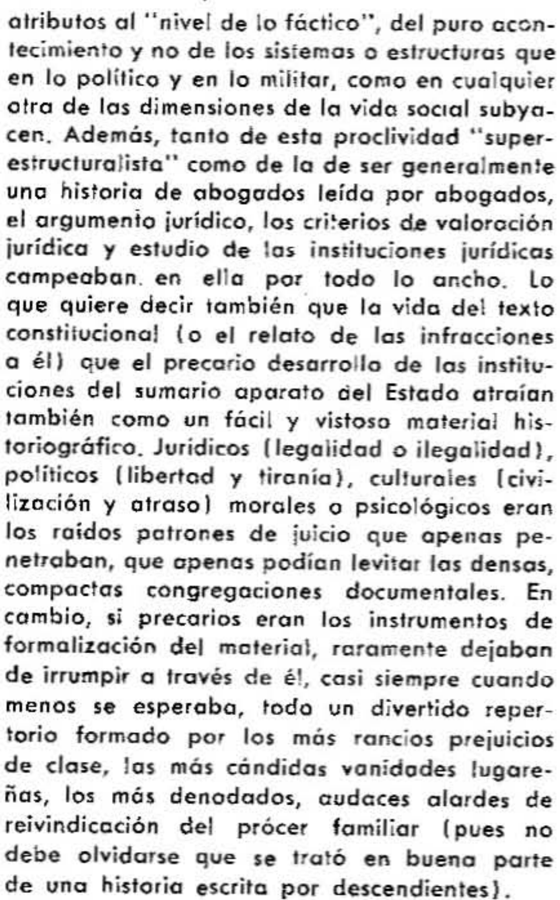
vincial; sólo dejaba casi intocado —hablamos del siglo XX— a Artigas. Pero tanto en una etapa como en otra, era una "historia de personalidades", civiles o militares, de próceres impecables y antihéroes aborrecibles, cuyas virtudes y defectos se debatían en polémicas inacababl‌es y casi siempre centradas en una especie de contabilización de sus violencias, irregularidades gubernativas y "tablas de sangre". Si se toma el término en su peor sentido, bien se puede aseverar que era una "historia superestructural", en cuanto atendía a unos niveles del suceder que, sin que les falte cierto grado de autonomía relativa y aun gran capacidad de retroacción, bien se pueden considerar condicionados por otros más radicales, más profundos, de índole cultural, social, técnica o económica. Por ello, historia política y militar era esencialmente, entendiendo ambos


Luis E. Azarola Gil.

de los últimos decenios del siglo XIX, hablan demasiado por su intermedio los puntos de vista del abogado conservador y "constitucionalista", del asesor de aquel imperativo "alto comercio" que bloqueó por aquellos tiempos todas las tentativas de flexibilización de nuestro sistema económico. Porque, al fin y al cabo, eso era Acevedo hasta que ya en la madurez se incorporó a la gran corriente popular estatizadora y nacionalizadora de las primeras décadas del novecientos en la que fue el eminente expositor económico y el hombre de múltiples, fecundas iniciativas. A veces también, por último, en algunas páginas se trasluce en exceso los sectarismos de más vasto radio o los enconos del reformador frustrado (del de la Universidad, sobre todo) por las trampas y pequeñeces de una política presupuestal obtusa. Pero nada de lo anterior es resto fundamental al generoso, positivo sentido popular y nacional (que no excluía una firme vivencia de unidad platense) con que Acevedo concibió nuestra historia. Tampoco al virtualmente intocado valor servicial de una obra, a la que es imprescindible recurrir cualesquiera sean el tema, la cuestión, la duda que el estudio del pasado uruguayo proponga. Y menos todavía, por fin, al emocionante testimonio de laboriosidad —modesta, pertinaz, manual— con que remató la faena de sus Anales, entre otras múltiples, limpiamente asumidas labores, este auténtico prócer de un Uruguay en forma.


Eduardo Acevedo.





Juan E. Pivel Devoto, caricatura de Centurión.



Luis Alberto de Herrera.

atributos al "nivel de lo fáctico", del puro acontecimiento y no de los sistemas o estructuras que en lo político y en lo militar, como en cualquier otra de las dimensiones de la vida social subyacen. Además, tanto de esta proclividad "superestructuralista" como de la de ser generalmente una historia de abogados leída por abogados, el argumento jurídico, los criterios de valoración jurídica y estudio de las instituciones jurídicas campeaban en ella por todo lo ancho. Lo que quiere decir también que la vida del texto constitucional (o el relato de las infracciones a él) que el precario desarrollo de las instituciones del sumario aparato del Estado atraían también como un fácil y vistoso material historiográfico. Juridicos (legalidad o ilegalidad), políticos (libertad y tiranía), culturales (civilización y atraso) morales o psicológicos eran los raídos patrones de juicio que apenas penetraban, que apenas podían levitar las densas, compactas congregaciones documentales. En cambio, si precarios eran los instrumentos de formalización del material, raramente dejaban de irrumpir a través de él, casi siempre cuando menos se esperaba, todo un divertido repertorio formado por los más rancios prejuicios de clase, las más cándidas vanidades lugareñas, los más denodados, audaces alardes de reivindicación del prócer familiar (pues no debe olvidarse que se trató en buena parte de una historia escrita por descendientes).

De tal modo de historiar (del que aquí, por supuesto, sólo hemos armado un "tipo" tan abstracto como cualquier "tipo") no se llegó sin transiciones a una labor histórica que es casi su estricta antítesis. Hubo precursores (v.

LOS PRECURSORES

Entre Eduardo Acevedo y la labor viva y presente, un grupo significativo de escritores de historia fue esbozando las direcciones, los métodos, las modalidades, los temas que a ésta caracterizan.

Con la extensa, rica y desordenada obra de LUIS ALBERTO DE HERRERA (1873-1959) se dibuja nuestro "revisionismo histórico" en toda la variedad de sus acepciones y en toda la equivocidad de significados ideológico-políticos, que el revisionismo conlleva. Desde su cultura de abogado de vieja cepa y sus hábitos de moroso gozador de archivos, el Dr. CARLOS FERRES (1876-1951) logró dos monografías de perfecto trazado —sobre los jesuitas, sobre la justicia en la época colonial— que prestigiaron futuras atenciones hacia un periodo que, inexplicablemente, soslayó el enorme esfuerzo de Acevedo. De PABLO BLANCO ACEVEDO (1880-1935) es mejor recordar su sólido y aun inexcusable libro sobre el gobierno colonial en el Uruguay (1929) que su desprolijo, sofístico y en ocasiones pueril Informe sobre la fecha del Centenario de nuestra independencia nacional (1922). LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL (1882-1966) fue el frecuentemente ignorado fundador de nuestra historia social en serio, que él concibió desde una investigación de las líneas genealógicas más influyentes. HORACIO ARREDONDO (1888-1967) llegó a ser, desde el encendido interés





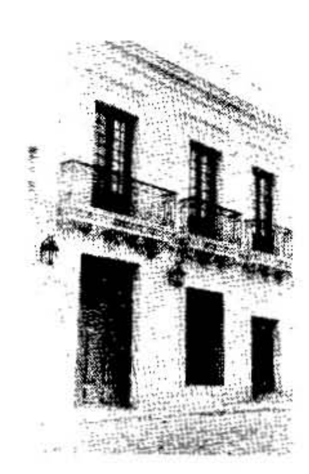
Horacio Arredondo.



Casa de Lavalleja, dependencia del Museo Histórico Nacional en Zabala y Cerrito.

por nuestras formas de vida peculiares, nuestro primer informal, asistemático y fértil antropólogo cultural. ALBERTO ZUM FELDE (1888) tuvo tiempo, a lo largo de una carrera literaria centrada en el ensayo y la crítica, de redondear una obra de síntesis sobre nuestro pasado nacional que ha gozado de justo prestigio desde su primera edición en 1919 y que, si es obviamente discutible en cada una de sus partes, no ha tenido hasta hoy sustituto en la producción uruguaya. Cierto es que, al margen de sus méritos, (y es achaque común a todos los historiadores de origen literario), el libro adolece de una excesiva confianza en el deslinde posible y demasiado nítido entre los "hechos" y su "interpretación", una credulidad que también otros textos de Zum Felde rubrican. FRANCISCO R. PINTOS (1889-1968) accedió a la historia desde una modesta formación de autodidacta y una emocionante voluntad de militancia. Su aplicación de los cánones metodológicos y conceptuales del marxismo-leninismo a la realidad del pasado puede merecer —aparte de las reservas que ellos mismos puedan suscitar— más de una objeción, pero sus mismos continuadores se han encargado de revisar aquélla y Pintos permanece firme como el fundador de una corriente historiográfica que la aportación de los próximos años sin duda incrementará.

JUAN E. PIVEL DEVOTO (1910) es, fuera de toda duda, nuestro más considerable, acatado y prestigioso historiador vivo. En cuatro macizas décadas de labor, ha rehecho virtualmente, tanto con su producción escrita como desde sus funciones de director de la magnífica Revista Histórica, de editor de fuentes documentales, de restaurador, de promotor del trabajo investigativo, de custodio del patrimonio histórico común, la imagen de nuestro pasado. A un caudal de conocimiento histórico concreto, que seguramente posee con vastedad y minucia sin igual le aplicó las nociones interpretativas ("orientalismo" y "extranjerismo", campo" y "ciudad", "caudillos" y "doctores", "realismo" y "teoricismo") que Herrera y Zum Felde habían esbozado. Y si bien hoy pueda discutirse la capacidad comprehensiva, la índole radical de tales categorías, es indudable que ellas representaron un gigantesco avance respecto a la conceptuación de tipo jurídico, o ético, o político con que la historia anterior se manejaba. Y nada más decimos de esta personalidad uruguaya, porque el eventual lector, lo mismo que el que esto escribe, habrá opuesto una excepción perentoria a esta inclusión de Pivel en el cuadro de los precursores. Es un actor capital y beligerante —vaya que sí— de nuestra escena historiográfica.



Casa de la familia Ximénez, dependencia del Museo Histórico Nacional.

EXAMEN DE DOS LUGARES COMUNES

Cobbett fue un historiador aficionado, en el sentido de que se sirvió de su buen juicio. Los que sólo tienen una mueca de desdén para esta historia de aficionado, no emplean el suyo. Sostienen que las opiniones del aficionado no pueden ser exactas, puesto que no se fundan en la investigación. En otras palabras, sostienen que él no puede ver lo que hay allí, puesto que ve lo que ostensiblemente está allí...

[....]

La veracidad no tiene nada que ver con la violencia, en un sentido como en el otro. Un historiador puede preferir decir: "El emperador Nerón tramó varias conspiraciones contra la vida de su madre Agripina, y expresó su satisfacción cuando finalmente sus tentativas se vieron coronadas por el éxito." Otro puede decir: "El tirano traidor y sanguinario asesinó vilmente a su propia madre, y su horrible crimen le proporcionó una alegría diabólica" (...) El hombre violento cuenta la verdad con tanta lógica y precisión como el hombre más ponderado. Puede discutirse la cuestión de su superioridad de forma literaria, no la superioridad en la exactitud del hecho histórico".

G. K. Chesterton: *WILLIAM COBBETT* (Barcelona, 1943, págs. 122-126)

recuadro) que explican el panorama bastante lúcido de la presente historiografía nacional y aun la pluralidad de sus corrientes, tal como a continuación se expone.

EL REVISIONISMO

Desde hace varias décadas, el término "revisionismo" comenzó a circular en el ambiente históriográfico del Río de la Plata, en el que habría de peculiarizar, con el tiempo, toda una corriente de producción histórica más desamparada de respetabilidad académica que de efectiva fuerza de remoción doctrinal y ostensible inpacto político.

La dirección que marcaron en la Argentina nuevas interpretaciones del período rosista —y en especial la gran labor de Ernesto Quesada—, la reconsideración, en el Uruguay, de la época de la Defensa y el Sitio gandes de Montevideo; el replanteo, a ambos lados del río, del significado de los caudillos, del de las intervenciones europeas, del de la guerra del Paraguay representan los núcleos temáticos y polémicos más importantes sobre los que se fue caracterizando una modalidad cuyo rótulo de "revisionista" se esgrime, a veces como timbre de orgullo, a veces como dicterio, casi siempre pedantesco, de escasa consistencia "científica".

En realidad, como alguna vez tuvimos ocasión de afirmarlo, toda historia es "revisionista" en cuanto, de manera inexorable, reordena, completa, ensancha o contradice las evidencias de cualquier labor historiográfica anterior, ya lo haga deliberadamente o no, incorpore a lo conocido zonas del pasado aún no exploradas, o tenga acceso a masas de testimonio todavía no conocidas, o disienta en el estricto significado de hechos y procesos que ya estaban a la luz del día.

Con todo, esta identificación tan amplia no es capaz de caracterizar un conjunto de producción histórica como el que ahora consideramos. Digamos, por ello, para comenzar que el revisionismo histórico es consciente del irreductible "punto de vista" —ideológico, situacional— desde el que la historia se escribe, un punto de vista ya no sólo implícito en los inevitables juicios que sobre todo proceso histórico se hacen sino, incluso, en la elección del "hecho" o la serie de hechos sobre los que la atención del historiador se vuelve. Esto también significa, a la inversa, que ha sido capaz de percibir la naturaleza falaz de la presunta "neutralidad" y el hipotético "objetivismo" que reclamaba para sí la historia oficial y académica de hace unas décadas y aún los reclama su desmedrada prolongación, hipócritamente unas veces e in-

genuamente otras. Haber subrayado que ese objetivismo no ocultaba otra cosa que los supuestos ideológicos de la burguesía liberal que presidió la vida uruguaya y argentina en los últimos cien años, haber develado que toda labor historiográfica se realiza "desde un presente" a cuyas tendencias, intereses y compromisos el autor se halla indefectiblemente uncido, no obra entre los logros menores de la tendencia revisionista. Aunque esto, claro está, no quiere decir que tal asunción de un presente, de una ideología, de un punto de vista, de unos intereses políticos y económicos cancelen el esfuerzo, siempre necesariamente denodado, por el conocimiento objetivo, por un saber con valor de "verdad" al más alto nivel.

En este punto, cierto es que no todos los representantes de la corriente revisionista han evitado escollar en la gruesa confusión posible que corre entre un traer el pasado —con lo que de vivo y problemático porta— al presente y un extrapolar el presente al pasado y todo lo que de intromisivo y deformante esta dirección implica. Cierto es, también, que a menudo se han embrollado las líneas entre el carácter de "construcción" que toda historia posee (pero una construcción lograda con el repertorio más vasto posible de todas las evidencias a que se tenga acceso) y el predeterminado esquema demostrativo, **l'histoire à thèse** que sólo emplea lo que pueda ratificarlo, y excluye, o tergiversa, o ignora, cualquier tipo de dato cuyo significado pudiera amenazarlo. Si toda historiografía, como todo esfuerzo científico de cualquier naturaleza que sea, se mueve en un curso libre, en una inducción recíproca, enriquecedora y espontánea entre las hipótesis de trabajo y los materiales que han de confirmarlas, retocarlas o destruirlas, no es posible confundir este "modelo" de actividad intelectual con la actitud que mediatiza a la confirmación puntual de cada tesis un sostén documental a veces perezoso, otras tendenciosamente congregado y casi siempre procesado con desprolijidad.

Sin embargo, sería imposible no reconocer a lo mejor de la labor revisionista argentina y uruguaya haber sido capaz de calar —no siempre en forma deliberada— hasta un decisivo nivel de nuestra existencia histórica como pueblos y hasta la evidente, tremenda ambigüedad que en este nivel está implicada. Nos referimos —nada más y nada menos— que al del sentido y las acepciones de ese proceso de "modernización", sinónimo de europeización", que nuestras naciones comenzaron a cumplir en el curso de la pasada centuria, a las pautas que éste siguió, a los equívocos que arrastró, a los logros que alcanzó y las pérdidas que no dejó de conllevar y que tan pesadamente gravitaron sobre nuestro destino. Pues la cuestión es ésta (y su importancia no se restringe a nuestro continente): ¿Uruguay, Argentina y sus vecinas de hemisferio pudieron y debieron modernizarse, lo hicieron efectivamente, siguiendo las líneas de la modernización europea occidental? Lo que tal proceso representa: imposición de las burguesías propietarias de las ciudades, gobiernos civiles nominalmente representativos con todos sus accesorios, apertura total al capital, espíritu empresario y masa humana europeos, confianza sustancial en la armonía de intereses entre las "naciones rectoras" y "adelantadas" y las nuestras, sustitución global de los valores culturales tradicionales por los de la modernidad capitalista y sus ideologías más prestigiosas ¿representó la vía más idónea para lograr el crecimiento de nuestros pueblos, su desarrollo armónico, su desembarazado crecimiento futuro, el perfilamiento y la salvación de sus posibles peculiaridades valiosas?

Sobre estas interrogaciones y los dilemas que llevan implícitos afiló su reflexión la corriente revisionista que, por lo menos en sus mejores expresiones, no se detuvo en ser una historiografía henchida de juicios morales tan drásticos como innocuos, ni una tajante división entre "buenos" y "malos", ni una reconstrucción imaginativa del pasado "si" tales o cuales decisiones hubieran tenido lugar (aunque bastante tuvo de todo eso). Más henchida significación posee el haber sido capaz de advertir (y de poner sus efectos en evidencia) el carácter de las corrientes doctrinales de la modernización —el liberalismo en primera línea— y su estricta naturaleza "ideológica", con todo lo que (ambigüedad resultante de su inserción en medios diferentes, falsa universalidad, disfraz de intereses concretos) el término recubre. Mayor importancia tiene también que haya estado en condiciones de mostrar los factores distorsionantes que respecto a la reproducción del proceso modernizador europeo representaron ciertos fenómenos. La incidencia, por ejemplo, —virtualmente omnipresente en toda nuestra historia— de expansión imperialista de las potencias noratlánticas. La refracción del "hecho nacional" que, mal o bien, nuestras colectividades ya representaban. La función esencialmente "intermediaria" o "gerente" —tan distinta a la de las europeas— que nuestras "burguesías portuarias" cumplieron. La naturaleza mediatizada, unido en forma "umbilical" respecto al de las grandes metrópolis, del crecimiento económico y social que esos sectores dirigentes programaron y en buena parte lograron para nuestros países. La influencia enajenadora y habitualmente parali-

LOS REVISIONISTAS

El rol de nuestros revisionistas es heterogéneo y la pluralidad de corrientes en la que, como se vio, se polifurca la corriente, podría ser ilustrada con varios de los nombres que siguen. Rasgo común de ellos es la índole acentuadamente rioplatense y latinoamericana de los prestigios que respetan: en la Argentina, Ernesto Palacio para el matiz de derecha, Jorge Abelardo Ramos para el de izquierda y José María Rosa entre los extremos que ambos representan; en Brasil, sobre todo, el grupo nacionalista del antiguo I. S. E. B y, en especial, Helio Jaguaribe y Nelson Wernecke Sodré.

Algunos de los nombres mencionables han vinculado su obra creadora con una brillante actividad docente: es el caso de Vivian Trías (1922) y Carlos Machado (1937), los dos representantes más típicos del revisionismo de izquierda; lo es también el de Guillermo Vázquez Franco (1924), de penetrante originalidad y felicísima escritura, el de Roberto Ares Pons (1921) y, sobre todo ("last but nos least") el del grupo formado por Washington Reyes Abadie, Tabaré Melogno y Oscar H. Bruschera (1922). Otros representantes del revisionismo proceden de la actividad política o de la reflexión intelectual sobre la entidad uruguaya. Tal es lo que sucede con Guillermo Stewart Vargas y su ambicioso y profundo planteo de la significación histórica de Oribe, realizado desde una perspectiva conceptual en la que se aúnan Spengler y Toynbee. Una filiación a la que tampoco en su primera parte es ajeno el removedor aunque ocasionalmente descolocado libro de Baltasar Mezzera (1916) sobre los blancos y los colorados. De una preocupación global por el país provienen asimismo los más breves aportes de Alberto Methol Ferré (1929), de Daniel Vidart (1920), de Luis Pedro Bonavita (1903), de Ricardo Martínez Ces (1925). Más variadas motivaciones —desde la expresión literaria a la devoción al pago adoptivo y a la atracción por explorar un caudal testimonial y documental inédito— tienen las dos interesantes biografías de Washington Lockhart (1914), y sus trabajos sobre la vida cotidiana en el período colonial.

Washington Lockhart).





Washington Reyes Abadie, Tabaré Melogno y Oscar H. Bruschera.

zante de muchos prestigios ideológicos e intelectuales de Europa (piénsese en la boga de las doctrinas racistas que dictaminaron de nuestra propia inferioridad como pueblos latinos, o católicos, o mestizos). Y esta enumeración podría, naturalmente, dilatarse.

VARIAS MODALIDADES REVISIONISTAS

Si los precedentes son, de alguna manera, trazos comunes a toda la orientación, algunas especificaciones de ella han insistido en zonas problemáticas particulares.

A nivel histórico-cultural se ha podido sostener que determinadas conductas, determinadas evaluaciones sancionadas como regresivas y bárbaras frente a los correspondientes de una modernidad identificada con el triunfo de la burguesía racionalista europea, podían representar (sobre todo trasladados a otros contextos histórico-sociales) valores más actuales —o más eternos— que los de la antedicha "modernidad". No hay espacio aquí para su esbozo, pero ellos no son sustancialmente diferentes a los que en todas las culturas extraoccidentales —desde los eslavófilos rusos hasta los teóricos africanos de la "negritud"— se oponen al sistema cultural moderno. Una oposición, agréguese, respecto a la cual los mismos antagonismos de burguesía y proletariado, de capitalismo y socialismo parecerían ser endémicos.

Se crea o no en la importancia suprema de los valores de la "comunidad", o la "emoción", o la "naturaleza", o el señorío sobre los apetitos materiales; se profese en grado más o menos alto la adhesión sustancial a los "valores modernos", la experiencia histórica de nuestros pueblos es muy capaz de despertar el interés sobre las implicaciones y las consecuencias de una imposición de lo moderno concebida desde una pretenciosa (y en verdad casi inevitable) posición de superioridad, jugando dualísticamente con las contraseñas de "civilización" y "barbarie", recurriendo a la compulsión psicológica, legal y hasta militar para barrer con todo foco de resistencia. El exterminio de las rémoras de lo tradicional frente a una "integración" que hubiera aunado hacia una evolución armónica e inteligente lo moderno y lo tradicional, representa un dilema histórico respecto al cual la posición que el historiador adopte representará algo así como la perspectiva irreductible desde la que juzgará y reconstruirá el proceso de la decadencia del caudillaje, la destrucción de la montonera, la transformación de los partidos políticos, la implantación de un aparato político institucional instrumentado por las minorías dirigentes y literalmente vacío de toda la representatividad democrática que más sólidamente lo fundamenta. Vale tal vez la pena precisar que la posición ante ese dilema de que se hablaba, difícilmente resultará del examen del material histórico empírico sino de una postura personal, global e ideológica, que la experiencia del conocimiento histórico sólo fortalecerá, aunque poco más, en uno u otro sentido.

Se hacía referencia a que toda esta problemática deriva de la noción de los efectos ambiguos del proceso de europeización o modernización o de la índole no impecable de las pautas y valores que preconiza y reclama. Esta precisión autoriza ya, de por sí, la inferencia, de que existe otro "revisionismo" que tiene expresión considerable en las aplicaciones históricas de la tendencia llamada "nacionalismo de derecha" en la Argentina aunque, en cambio, muy escasa en nuestro país. Rechaza ese revisionismo, de intenso acento hispanizante y colonial, todo lo que la modernidad, en términos de dignificación y liberación del individuo, de racionalización de la vida humana y social implica; respecto a la historia liberal oficial tradicional se limita a ser la metódica inversión de sus patrones de juicio y si aquélla exalta beatamente la "civilización", ésta exaltará no menos beatamente la "barbarie"; si aquélla concibe el proceso de edificación nacional presidido por las ciudades, ésta lo hará presidir por el desierto, si aquélla se enorgullece con el gobernante civil y regular, por tramposo que fuera, ésta lo hace con el mandón de bota de potro; si aquélla cree a pie juntillas en el ánimo beneficente de las "grandes naciones civilizadas" y en los bienes del libre comercio, ésta sólo propugnará el cierre de las fronteras a cal y canto y la defensa arcaizante de las artesanías locales (con una única excepción a favor de España, que "nos dio la sangre, la religión y el idioma")... Y así sucesivamente.

También existe —y esta mención no cerraría absolutamente la lista— un "revisionismo de izquierda", en el que se conscriben algunos de los textos históricos más prestigiosos y difundidos de los últimos tiempos. Este revisionismo, de modo bastante diferente al de la "nueva historia", insistirá en la importancia decisiva de los procesos económicos y sociales, subrayando la fuerza de los fenómenos de masas respecto a una historiografía centrada en los conflictos y tendencias de las personalidades protagónicas. Con intención política y eficacia demostrativa variables, tenderá también a destacar la índole popular, antioligárquica de las estructuras socio-políticas del caudillaje y la montonera; la continuidad, tenue pero verificable, entre los modos de protesta

paisana y federal y la acción del proletariado organizado; la índole burguesa y capitalista de las estructuras políticas y económicas instauradas en la región platense en la segunda mitad del siglo XIX y la inexorable limitación, el crecimiento parcial y últimamente frustrado, frenado, que ellas representaban. Pero enfatizará, sobre todo, el impacto que sobre nuestra historia representó el imperialismo anglosajón en términos de explotación, división y enajenamiento ideológico destacando, inversamente, la relevancia de un "cuadro nacional" henchido de los más auténticos, concretos intereses populares como frente de lucha, línea de defensa extensible a todo un continente con idénticas urgencias ante los procesos de mediatización y homogenización que la dinámica imperialista conlleva.

LA TRADICIÓN REVISIONISTA URUGUAYA

Para cerrar esta caracterización demasiado sumaria de los "revisionismos" recordaremos que, como ya se ha tenido ocasión de insistir, el clivaje que en el Uruguay puede marcarse entre una historiografía oficial y una revisionista, una liberal y otra nacionalista, una "oligárquica" y otra "popular" es mucho menos marcado que al otro lado del Plata. Y ello es así, ante todo, porque desde Carlos María Ramírez, Bauzá, Zorrilla de San Martín y Acevedo hasta nuestros días, la figura de Artigas y su significación ideológico-política y social representan un nivel de consenso historiográfico prácticamente unánime. Y un Artigas, caudillo federal, agrarista, populista, antioligárquico y antiurbano, objeto de culto público desde fines del siglo XIX, importa demasiado valores y categorías caras al revisionismo para que nada similar a las resistencias que ha encontrado en la Argentina la rehabilitación de los caudillos se haya podido registrar en nuestro país. Súmese a esto, todavía, la persistencia en el Uruguay tras 1851 de un sistema bipartidario en el cual uno de los dos bandos, el "blanco" o, más tarde, "nacionalista" se reclamaba mayoritariamente de una línea popular, caudillesca, agraria, federalista que, más allá de los ríos estuvo sancionada por largas décadas con el descrédito social e historiográfico. Desde los precursores —Guillermo Melián Lafinur, Herrera, hasta hoy, tanto la obra de los vulgarizadores y polemistas como la de los autores más serios —un Felipe Ferreiro, un Mateo Magariños de Mello, un Stewart Vargas— ha tenido que encontrarse con el aparato conceptual y los juicios de valor del revisionismo. Sin desdeñarlos enteramente, hay que decir que los ha utilizado y adherido a ellos en grado por demás variable aunque sólo en los últimos tiempos alguna de las expresiones más prestigiosas de esa historiografía ha mostrado una hostilidad ostensible tanto al "revisionismo" como a la "nueva historia". No parece arriesgado inferir que esta actitud corresponde al proceso de integración del partido nacional en un "régimen" político-social que angosta cotidianamente la base de su presunta representatividad legitimadora. Por lo que debe propugnar, correlativamente, una imagen del presente y el pasado del país cada vez más mendaz, más espectral, más indigestible para los sectores culturales disidentes y creadores en los que nuestra vida intelectual, crecientemente, se centra.

LA "NUEVA HISTORIA": UNA TENDENCIA SERIA

Aunque sea éste también un rasgo del que el "revisionismo" participa, el rechazo de la historiografía tradicional y académica, peculiariza tal vez en forma aún más conspicua a la dirección historiográfica que a escala internacional se ha solido denominar como "nueva historia". Como la expresión no aclara demasiado, precisemos que se trata de una labor histórica vertida con preferencia sobre los niveles económico y social, en los que indaga regularmente por medio de precisos, perfectamente deslindados enfoques monográficos aunque no desdeñe ni tema tampoco el despliegue panorámico y el esfuerzo sintetizador. Ha prestigiado, obteniendo de ellas sorprendentes logros, determinados tipos de fuentes documentales: las correspondencias y papelerías privadas, la documentación comercial, los relatos de viajeros, los informes diplomáticos y consulares, el precario material estadístico de las pasadas centurias, la propaganda comercial estampada en la prensa periódica desde que ésta existe.

"La nueva historia" económica, social y cultural, es probablemente de todas nuestras corrientes actuales la que tenga una más notoria suscitación europea, si se admite que poseen prestigio magistral para ella el equipo de la revista "Annales", hombres como el grande y llorado Marc Bloch, Ferdinand Braudel, Lucien Febvre, Ruggiero Romano, Charles Le Goff y otros. Aunque tampoco hay que olvidar ni el valor pionero de la obra de Gilberto Freyre, ni la del español Jaime Vicens Vives ni la del venezolano Germán Carrera Damas. Pero son los argentinos José Luis Romero y Tulio Halperin Donghi, muy vinculados desde tiempo atrás a la parte más viva y útil de nuestra Facultad de Humanidades y a nuestra Universidad los que más han influido con sus

LA LINEA DE LA NUEVA HISTORIA

Como en el texto se afirma, ha sido especialmente en torno a la Universidad y a sus centros de investigación que el lote relativamente reducido de los cultores de esta dirección comenzó a trabajar. Otros, caso de Barrán y Nahum, se formaron en el Instituto de Profesores. Constituyen rasgos comunes a los provenientes de los dos orígenes tanto el frecuente contacto con núcleos de orientación similar en Europa y Latinoamérica como la muy promisoria continuación de sus empeños en nuevas, juveniles figuras de cuyo futuro mucho puede esperarse. También la mayor parte de los historiadores de este sector han perfeccionado sus conocimientos y sus métodos en el extranjero, principalmente en Francia, y aun trabajando por prolongados lapsos en el exterior. Esto puede decirse, en especial, de aquél que debe considerarse el fundador de la escuela entre nosotros: Gustavo Beyhaut (1924) cuya contribución, sin embargo, a la historiografía de asunto nacional es limitada, puesto que se ha vertido hacia la de Latinoamérica con creciente intensidad y amplitud de ambiciones. Han abocado, en cambio, su interés al pasado del país, Carlos Visca (nacido en 1922 y muerto tempranamente) con Emilio Reus y su época, *Roque Faraone (1929), Luis Carlos Benvenuto (1928) autor de una original y penetrante* Breve Historia del Uruguay *y, sobre todo, Juan Antonio Oddone (1926) destacado investigador de los procesos sociales, económicos y demográficos de nuestra extranjerización y los ya nombrados José Pedro Barrán (1934) y Benjamín Nahum (1937), cuya* Historia rural del Uruguay moderno *en curso de complementación, podría muy bien ser considerada la obra más importante, sin ninguna clase de especificaciones, de toda nuestra historiografía. También, con equidad y a veces excesiva mesura, Barrán ha realizado desde* "Marcha" *una tarea de crítica historiográfica de la más alta calidad y absolutamente imprescindible para la dirección ascendente de la disciplina. Aunque dicho esto, cabe recordar que fue Ruben Cotelo desde su desaparecida página bibliográfica de "El País" quien primero se preocupó por informar al lector culto de este sector de la bibliografía uruguaya.*





José Pedro Barrán y Benjamín Nahum.



Gustavo Beyhaut.



Juan Antonio Oddone.

clases, sus obras, su acción de presencia, sobre este sector historiográfico.

La "nueva historia" no es atributaria de temas con carácter exclusivo; en verdad, muchos de los puntos que atraen su atención también interesan a la historiografía más tradicional y a la dirección revisionista. Pero, por ejemplo, la cuestión del proceso poblatorio, la urbanización, la modernización técnica, social y jurídica, la evolución de las estructuras agrarias o industriales, la dinámica de los aportes inmigratorios, el crecimiento de los medios económico-financieros del Estado, parecen ser los asuntos que mejor armonizan con la apetencia de la "nueva historia" de ir a las bases, al sustento estructural del proceso histórico. En esta corriente, agreguemos, parecen corresponderse mejor esas dos variables de la labor historiográfica que son el dominio de un considerable (y a veces poco conocido) material y la capacidad de hacerle preguntas a ese material. Unas preguntas que a la vez esclarecen el pasado en sus vertebraciones decisivas e importan para nuestra acción responsable en un tiempo y un espacio crecidos sobre aquél, modulado por sus fuerzas. Este equilibrio entre fuentes y categorías conceptuales con qué procesarlas e inteligirlas, parece romperse en cambio (y no es peculiaridad uruguaya) en tantos latosos avatares de la historiografía académica, incapaz casi siempre de plantear una interrogación que importe a masas de material vastísimo y en ocasiones hasta bien ordenado. Se rompe también (¿por qué no decirlo?) en algunas contribuciones a la corriente revisionista, más acuciada por plantearle a las cosas del ayer las dudas que nos comprometen vitalmente que habilitada por un sólido sustento de material empírico. Y no siempre capaz, por ello, de encontrar en él otras respuestas que las que, tácitamente, ya se habían formulado.

"La nueva historia" no se halla, claro está, libre de peligros, y algunos trabajos uruguayos que en ella se filian los ilustran suficientemente. El riesgo más grande de todo enfoque que se quiera "estructuralista" y en especial "infraestructuralista" radica en la peligrosa latitud de lo que estas nociones representan. Ello hace posible que el esfuerzo del investigador se dirija a esclarecer y elaborar los "cuadros" entre los que transcurre el acontecer histórico, lo que no es por cierto trabajo inútil, salvo cuando se confunde con la historia misma. Otro riesgo es el de una concepción extremadamente mecánica y simplista de lo que las "infraestructuras" son, elección conceptual que suele arrastrar cierto basto y hasta agresivo desprecio por los procesos políticos y culturales —que también son "cuadros" del

suceder histórico - y por la acción, demostrablemente decisiva, del sujeto histórico individual en determinadas circunstancias. Una atención demasiado restringida a los aspectos estrictamente cuantificados del pasado, puede transformar la historia en una especie de sociología bastante menesterosa y más insegura e hipotética de lo que se querría. Además, tanto esta proclividad como las anteriormente apuntadas involucran la eventualidad que la singularidad densa y cálida, incuantificable e ilegalizable del fenómeno histórico quede fuera de toda exposición como prescindible residuo.

LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA

Muchos puntos de contacto; tantos, que bien podría considerársele como una especificación o subgrupo dentro de la "nueva historia", mantiene con la orientación precedente el equipo marxista que ha de reconocer como precursora la labor de Francisco Pintos e integran Julio Carlos Rodríguez, Lucía Sala de Tourón y Nelson de la Torre.

La ingente, esforzadísima labor investigadora del núcleo mencionado se ha aplicado, que sepamos, hasta hoy, al proceso de la distribución y lucha por la tierra, así como a la estructura de clases de los períodos colonial e independiente y a la acción de sus grupos económicos empresarios, especuladores y prestamistas. Los dos volúmenes hasta ahora publicados de una serie muy ambiciosa y extensa: **Evolución económica de la Banda Oriental** y **Estructura económica social de la Colonia**, la brillante abreviatura que es **Artigas: tierra y revolución** —todos de 1967— permiten la verificación del valor de la aportación historiográfica de signo marxista al centrar su atención en los procesos socio-económicos básicos del desarrollo nacional, de los antagonismos de clase y de las contradicciones internas de ellas. Marcar su sustancial incidencia —tan soslayada por una historia "idealista" en el peor sentido— sobre los niveles del acontecer político, de los conflictos de bandos y facciones, del choque de las personalidades directoras y las presiones internacionales, representa su logro indiscutible y sin reversión. Pero también esos libros habilitan para la percepción de cuáles son las trabas que dificultan la labor histórica marxista, tanto en la generalidad de los casos como, en particular, cuando ella se aplica al análisis del pasado de colectividades nacionales no-europeas, del tipo de la nuestra y de las demás del área platense.

De las generales digamos que su misma necesidad de destacar la acción de variables hasta entonces desdeñadas (ya apuntaba Engels este peligro) suele conducirla —y la labor que caracterizamos no está libre de esa tacha— a cierto enfoque reductivista, a cierto "no es más que", proclive a dar por agotada la explicación histórica cuando se está en condición de señalar un interés concreto, material, en las personas o grupos que actúan. No importa demasiado que esos intereses se develen dentro de cierto vaivén expresivo entre el tono emocionalmente neutral y la indignación, pues nuestra historiografía marxista no parece haber vencido la oscilación entre aceptar como marxistas la positividad histórica de la etapa burguesa y como hombres de conciencia moral y política sublevarse aun retrospectivamente ante sus injusticias y sus fealdades. Importa más, en cambio, la falta de un sistema de "mediaciones" que se muestre capaz de esclarecer conductas personales que nada tuvieron de simples y en las que no decidió siempre, solo, un "interés" excesivamente fijo e inconmutable.


Julio C. Rodríguez

Las dificultades implícitas en estipular una buena nomenclatura de las clases como crite-

rio analítico: siempre suele irse desde un rol demasiado restringido a otro excesivamente plural e importa un embarazo que suele acometer a toda historia social, marxista o no. Pero más peculiar de la primera, cuando ella se proyecta al estudio del pasado económico y social extraeuropeo son los graves desajustes que resultan de tomar la secuencia aceptada en Europa, de feudalismo, burguesía y proletariado y transferirla a otras áreas históricas del mundo. Haremos referencia casi en seguida a la confusión que ello puede provocar si se aprecia la función histórica de la burguesía pero ha sido, en especial, el "feudalismo" el campo más fértil para los graves equívocos.

Vale la pena subrayar, como signo de un evidente progreso, que si los primeros historiógrafos marxistas de estas zonas de América parecen haber sido relativamente ciegos al problema, la labor historiográfica reciente que nos da motivo para tan extensivo comentario se halla infinitamente más libre de estas rémoras. Con todo, si se atiende a un nivel de logros y estereotipos de menor entidad vale la pena recordar las variantes que marca el juicio sobre un episodio que tan de cerca afectó nuestro destino.

El que recibió la agresión de la Triple Alianza contra el Paraguay resulta bien ilustrativo: de las "burguesías modernizadoras" que cumplen la faena sangrienta pero necesaria de desembarazar a América Latina de un régimen feudal se ha ido pasando poco a poco el cuadro de unas "burguesías gerentes" y aliadas con el imperialismo que barren del continente el precoz esbozo de un desarrollo autónomo que conoció la industria pesada y desconoció el latifundio (que hubieron de implantar sus modernizantes interruptores). De la misma manera, aunque la historiografía marxista rechace acerbamente las corrientes revisionistas como idealistas, nostálgicas, coloniales o reaccionarias, también ha tenido que encontrarse como ellas con la fundamental ambigüedad que el proceso de modernización y europeización asume en una zona marginal del mundo. En esa equivocidad obra la presencia misma del "hecho nacional" especialmente cuando es hecho nacional de naciones atrasadas, un tema sobre el que el pensamiento de Marx, de Engels, de Lenin, registró sustanciales variaciones. Tampoco la emergencia de una burguesía nacional o una burguesía gerente son fenómenos a confundir. Y la misma beligerancia antirrevisionista contra toda nostalgia de una sociedad patriarcal y pre-moderna de un "paraíso perdido" no puede cerrar los ojos ante el mismo fenómeno que los fundadores del sistema subrayaron en la evolución social de Europa. Esto es: que la modernización, la imposición de la burguesía de sus pautas empeoró, absoluta y relativamente, las condiciones de vida anteriores de los sectores desposeídos. Un proceso, recordemos, sobre el que un tal Martín Fierro tuvo mucho que payar.

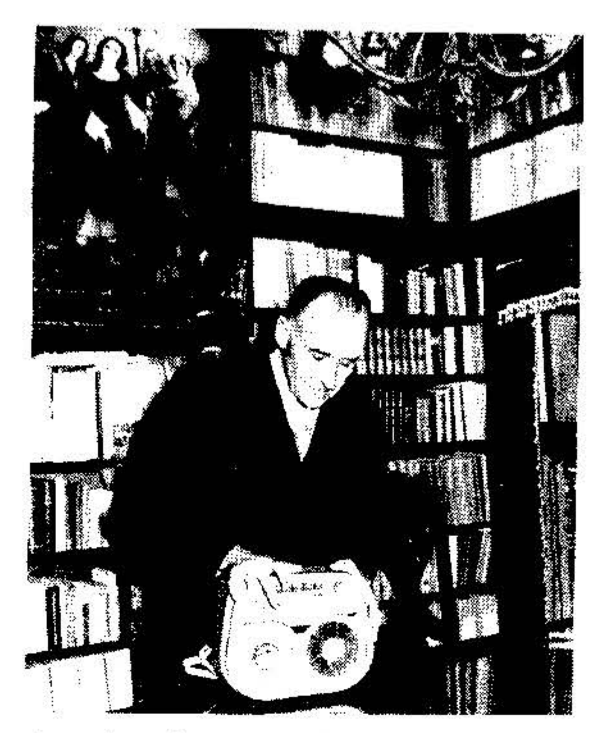
HISTORIA ERUDITA, DOCENTE Y DOCUMENTAL

Del subrayado de las ya esbozadas direcciones resultaría una visión engañosa de nuestra historiografía, si no se dijera que junto a ellas poseen entidad considerable y logros a menudo importantes las formas más tradicionales —documentalistas y eruditas, jurídicas, institucionales— de trabajo histórico. Para ellas, la lección impecable del argentino Emilio Revignani tuvo singular trascendencia. La promueven algunos centros de investigación: el Museo Histórico, en primera fila, con el valioso repositorio documental de su **Revista Histórica**, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades, el novel y privado Centro de Estudios del Pasado Uruguayo que se dedica a búsquedas de sólida erudición. (Poco, por no decir ningún, impacto productivo posee la acción de un polvoriento, espectral Instituto Histórico y Geográfico, que floreció no hace muchas décadas bajo el impulso de Gustavo Gallinal, Rafael Schiaffino, Mario Falcao Espalter y el entonces casi adolescente Juan Pivel Devoto).

De los precedentes núcleos o de la labor creativa paralela a la enseñanza proviene la contribución de figuras como María Julia y Arturo Ardao, Aurora Capillas de Castellanos, Alfredo Castellanos, Elisa Silva Cazet, Florencia Fajardo Terán, Alfredo Traversoni, Ariosto D. González, Ariosto Fernández, Edmundo Narancio, José María Traibel, Flavio García, Alberto Reyes Thevenet, María Blanca Paris de Oddone, Martha Campos de Garabelli y muchos otros cuya mención no cabe desgraciadamente aquí. De esta línea de trabajo parten obras tan sólidas como la historia de la Universidad de la República, cumplida en varias etapas por María Blanca Paris de Oddone y Juan Antonio Oddone o la **Historia del Consulado de Comercio de Montevideo** de Aurora Capillas de Castellanos. Mucho menos celebratoria, partidaria o heroica que la historiografía anterior, esta modalidad ha persistido —en proporción que tal vez se haya exagerado pero que siempre es alta— en el estudio del período independentista y de sus aspectos jurídicos y políticos. Empero, bajo el impulso de nuevas modalidades historiográficas, también se ha abierto en forma creciente a la atención de sus significaciones ideológicas, económicas y so-



Eugenio Petit Muñoz.



Lauro Ayestarán, en su estudio, en 1962.

ciales. Con acentuación variable hacia uno u otro matiz todos los nombrados han contribuido a esa zona temática, pero sobresalen en ella especialmente Agustín Beraza y, sobre todo, ese singular compuesto de vitalidad, pasión, erudición torrencial que representa el Dr. Eugenio Petit Muñoz (1894).

Al margen de la docencia o de las instituciones oficiales algunos investigadores afanosos hurgadores han logrado obras originales: es el caso de Juan A. Gadea, el de Eduardo F. Acosta y Lara y aún más el de Juan Alejandro Apolant.

Y dentro, todavía, de una historiografía como la nuestra eminentemente "artesanal", pobre, modesta y que vive de las horas robadas al descanso o a cualquier labor medianamente remunerada, está la contribución de los que muy bien pueden llamarse inicialmente "aficionados". Esto es: de interesados y hasta apasionados por un tema y que, en la profundización de él, han ido elaborando los instrumentos, los métodos idóneos con que procesar un material crecientemente significativo y completo. Este tipo de movilización creadora es también, si atentamente se mira, común a los historiadores que con cierto empaque podría calificarse de profesorales o docentes, pero peculiariza, sobre todo, a un núcleo especialmente valioso. Tal vez haya sido ése el caso de Lauro Ayestarán (1913-1966) que accedió en la madurez de su talento al más fino tecnicismo y en su rubro —la historia de la música— al más alto prestigio internacional. Seguramente lo es el de Fernando Assunçao, ostensible continuador del anterior y de Arredondo; el de Esteban F. Campal, dedicado en estos últimos años a la historia ganadera del país; el de Aníbal Barrios Pintos (1919), que desde la tarea de promoción publicitaria departamental ha alcanzado excepcional dominio en dos temas: la historia de la estancia y la del proceso de poblamiento del Uruguay que apuntan como zonas de intenso trabajo historiográfico para las próximas décadas.

ITINERARIO DE NUESTRA HISTORIOGRAFIA ACTUAL

1941 — **Reaparición de la Revista histórica** (por el Museo Histórico Nacional).
Los orígenes de la Guerra Grande (Luis A. de Herrera).
Primeras fórmulas constitucionales en los países del Plata (Ariosto D. González).

1942 — **Historia de los partidos políticos en el Uruguay** (Pivel Devoto).
De la Dominación española a la Guerra Grande (Francisco R. Pintos).

1943 — **Aguafuertes de la Restauración** (Luis Bonavita).

1944 — **La Administración de Justicia en Montevideo** (Carlos Ferrés).

1945 — **Historia de la República Oriental del Uruguay** (Pivel - Ranieri).
Diccionario Uruguayo de biografías. (Fernández Saldaña).
Filosofía pre-universitaria en el Uruguay (Arturo Ardao).

1946 — **Correspondencia del General Artigas con el Cabildo de Montevideo.**

1947 — Fundación del Instituto de Investigaciones históricas de la Facultad de Humanidades.

1948 — **El Gobierno del Cerrito (I)** (Mateo J. Magariños de Mello).

1949 — **Los corsarios de Artigas** (Agustín Beraza).

1950 — **Archivo Artigas** (primer volumen VIII . . . 1967).
Espiritualismo y positivismo en el Uruguay (Arturo Ardao)

1951 — **Artigas** (Diario "El País") y **Breviario artiguista** (José M. Traibel).
Civilización del Uruguay (Horacio Arredondo).
Informes diplomáticos franceses en el Uruguay (comienzo de su publicación).
52: **Raíces coloniales de la Independencia oriental** (Pivel Devoto).

1952 — **Blancos y colorados** (Baltasar Mezzera).
Latorre: la unidad nacional (E. de Salterain Herrera).

1953 — **La música en el Uruguay** (Lauro Ayestarán).
Bibliografía de Artigas (I) (M. J. Ardao - Aurora C. de Castellanos).
Historia de la ciudad de Minas (Florencio Fajardo Terán).

1955 — **Formación constitucional rioplatense** (Alberto Demichelli).
Historia de la ciudad de San Carlos (Fajardo Terán).

1956 — **Artigas y su ideario** (E. Petit Muñoz).
El principismo del setenta (Juan A. Oddone).

1957 — **Anales históricos de Montevideo (I)** (Horacio Arredondo).

1958 — **Oribe y su significación** (Guillermo Stewart Vargas).
Crónica general de la Nación (Luis Pedro Bonavita).
La Universidad de Montevideo en la formación de nuestra conciencia liberal (María Blanca París de Oddone: tesis de licenciatura).

1960 — **El imperialismo en el Río de la Plata** (Vivian Trías).

1961 — **Los montoneras y el Imperio Británico** (Vivian Trías)
La guerra de los charrúas en la Banda Oriental (Eduardo F. Acosta y Lara).
Uruguay: ¿provincia o nación? (Roberto Ares Pons).
La revolución oriental - 1811 (Agustín Beraza).

ANALES HISTORICOS DE MONTEVIDEO

1962 — **Historia del Consulado de Comercio de Montevideo** (A. Capillas de Castellanos).
Máximo Pérez, el caudillo de Soriano (Washington Lockhart).
El Uruguay batllista (Ricardo Martínez Ces).
Tierras, hombres y ganados (Esteban F. Campal).
Racionalismo y liberalismo en el Uruguay (Arturo Ardao).
La Revolución de 1811 en la Banda Oriental (Junta D. de Montevideo).

1963 — **Emilio Reus y su época** (Carlos Visca).
Historia de la Universidad de Montevideo (Oddone y París de Oddone).
Proceso histórico del Uruguay (4ª edic.) (Zum Felde).
Rivera en el ayer (Barrios Pintos).
El gaucho (Fernando Assunçao).

1964 — **Raíces contemporáneas de América Latina** (Gustavo Beyhaut).
Bases económicas de la revolución oriental (José P. Barrán - B. Nahum).
Colección de documentos para la historia económica del Uruguay (Primer volumen: Tierras).

1966 — **La emigración europea al Río de la Plata** (Oddone).
La formación del Uruguay moderno (Oddone).
Cronología comparada de la historia del Uruguay (París de Oddone, Faraone, Oddone).
Génesis de la familia uruguaya (Dr. Juan Alejandro Apolant).
La Banda Oriental: pradera, frontera, puerto (Reyes Abadie, Bruschera, Melogno).

1967 — **Historia rural del Uruguay moderno (I)** (J. P. Barrán - Benjamín Nahum).
Evolución económica de la Banda Oriental (Julio C. Rodríguez - Lucía Sala de Touron - Nelson de la Torre).
Estructura económico-social de la colonia (Rodríguez - Sala - de la Torre).
Artigas: tierra y revolución (Rodríguez - Sala - de la Torre).
Breve historia del Uruguay (Luis C. Benvenuto).
De las vaquerías al alambrado (A. Barrios Pintos).
Artigas y la emancipación del Uruguay (John Street; traducción).
La gente y las cosas del Uruguay de 1830 (Enrique Méndez Vives).

1968 — **Vida de dos caudillos: los Galarza** (W. Lockhart).
José Batlle y Ordóñez (Milton I. Vanger; traducción).
Enciclopedia uruguaya (en curso de publicación).
El ciclo artiguista (Reyes Abadie, Bruschera, Melogno).

En *CAPÍTULO ORIENTAL*

Nº 38

LOS NUEVOS NARRADORES

y junto con el fascículo, el libro

LA NUEVA NARRATIVA (antología)

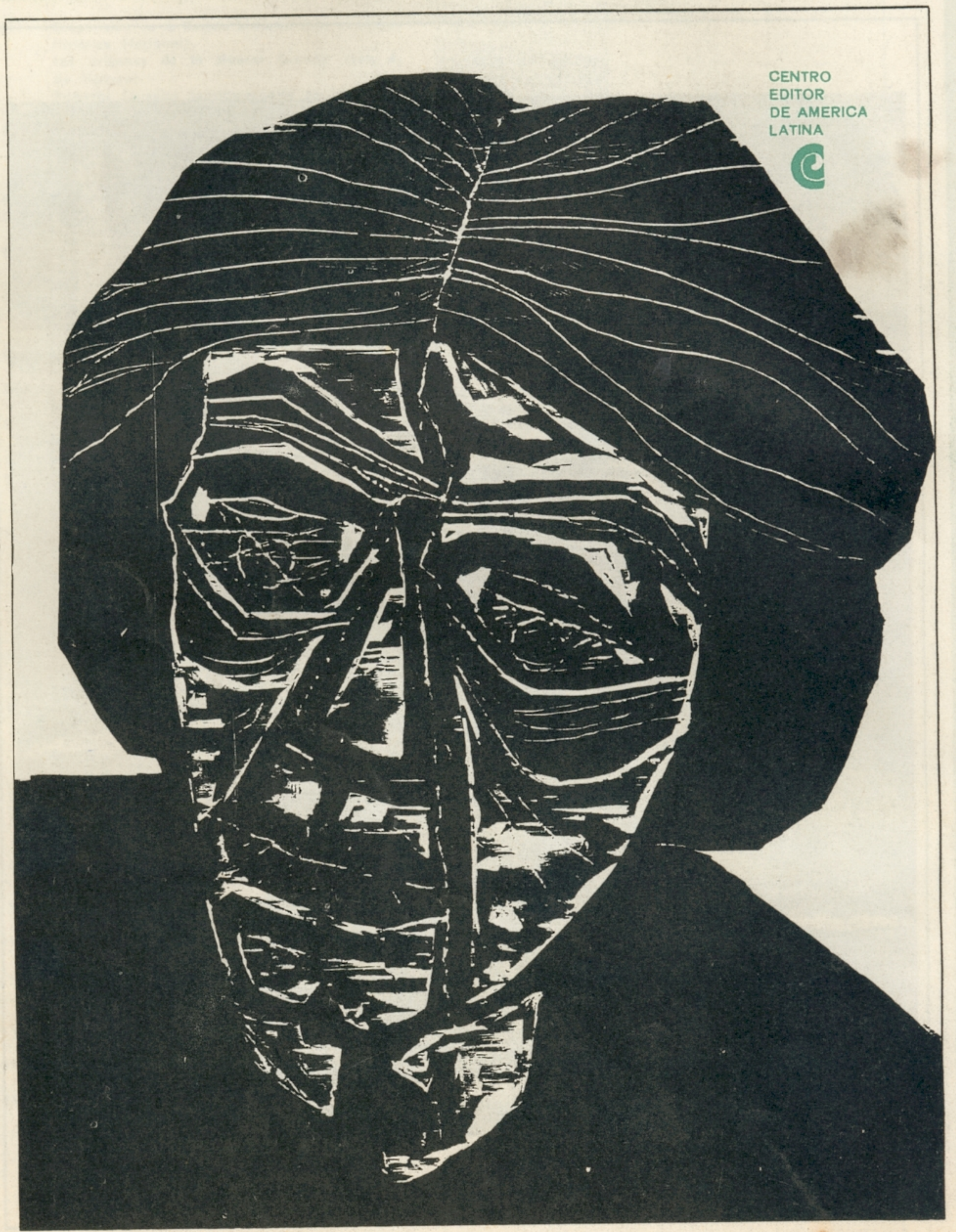
Índice



Mario Lorieto, Composición abstracta. Madera pintada con cemento.

Este fascículo, con el libro
EL URUGUAY VISTO POR LOS URUGUAYOS (II)
(selección),
constituye la entrega N.º 37
de CAPITULO ORIENTAL

Precio del fascículo más el libro: $ 100.-



Miguel Bresciano, "Cabeza". — Xilografía.

Impreso en "Impresora REX S. A.", calle Gaboto 1525, Montevideo, enero de 1969
Comisión del Papel - Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.